

miento del verdadero Dios. Pero si debemos afirmar, que no los alumbró con todo su fulgor la luz del Evangelio; que hay pueblos privados de los beneficios de los sacramentos y encorvados bajo el yugo de los vicios porque la mies es mucha y los operarios son pocos.

Ciertas costumbres entre la infortunada raza indígena, nos causa grande horror: el culto inveterado de sus ídolos, el sacrificio de animales acompañado de supersticiosas aberraciones, la consuetudinaria embriaguez, la postración de la sociedad doméstica, la rudeza de sus costumbres, la mas crasa ignorancia, y su espantosa miseria. Todo este cuadro de horror abraza las entrañas caritativas del Obispo Chilapense. A la vista de esos infortunados, el santo Obispo alza muy a ta la voz haciendo un llamamiento al celo y caridad de los mexicanos para que lo socorran en su obra de caridad y patriotismo, por medio de las misiones guadalupanas. Escuchad, queridos compatriotas, los angustiosos clamores del Obispo suriano y de sus misioneros, reducidos, por falta de recursos, á adelantar lentamente en la grande obra de la evangelización de los indios sin empezar hasta ahora las espigas que amarillean. Si cuando se trató de la Obra de la propagación de la Fé en las misiones extranjeras fuisteis tan espléndidos que sólo la ciudad de Puebla, en la primera, puso en manos del Sr. Terrien la respetable suma de 60,000 francos ¿hoy que se trata de vuestros compatriotas, no dareis una limosna? ¿Permanecereis indiferentes ante la idolatría, ignorancia, sufrimientos y necesidades de los indios vuestros hermanos? No. El Prelado guadalupano y la Prensa católica del país afirman con muy significativas palabras que el Pueblo mexicano tiene corazón de oro y sabe sacrificar los intereses y aun la vida cuando se trata de sus hermanos. El Obispo de Guerrero, confiado en esa caridad proverbial del mexicano, piensa mandar dentro de poco dos delegados, cu-

yo fin principal sea recorrer los Estados de nuestra República para dar á conocer las Obras de las misiones guadalupanas buscando ante todo el valioso patronato de los Exmos. Señores Arzobispos y Obispos los cuales deberan entenderse antes y despues con la bendición de éstos, ir á llamar á la puerta de los fieles en demanda de una limosna para las misiones de los indios.

Animo, celoso pastor: Dios protege vuestra santa empresa. La dulce Madre del mexicano especialmente cubre con su manto esa raza cuya apariencia tomó al morar bajo el espléndido cielo del Anahuac. Ella será vuestro sosten y singular corona. ¡Que vuestra eminente Obra de las Misiones, marche, prospere y se desarroye más allá de las generaciones presente! ¡Qué como la redención del indio, sobreviva *ad multos annos!*

La *Civiltà Cattolica* ha publicado un precioso artículo sobre este asunto: *¿Puede encomiarse el mérito literario de los escritores impíos?* No sólo por la importancia del tema, sino tambien por lo divididas que están sobre el mismo las opiniones de los estéticos católicos, merece recomendarse el expresado trabajo.

Entiende esta Revista que lo esencialmente malo no se justifica por ningun accidente, ni la maldad del todo, por la excelencia de alguna de las partes. Cuando el Ayuntamiento de Paris erigió una estatua á Voltaire, votando algunos católicos en obsequio al literato, y no al filósofo, no podian separar al hombre del literato, y por tanto obraban mal y conscientemente. Los elogios tributados en el concepto literario, hacen olvidar las demás prendas del escritor, y ya leemos en Dante que el amor cautiva la inteligencia. Guiado por estos principios, dice el Padre Rivadeneira, no permitió San Ignacio que se leyesen ni explicasen las obras del Erasmo de Rotterdam, porque el fondo se oponía á que se admire y se admirase la forma.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga. -D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruoco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, JUNIO 22 DE 1895.

NUM. 12.

SECCION I.

Carta Apostolica del

Soberano Pontífice

Leon XIII, al pueblo ingles.

Leon XIII al pueblo inglés que busca el reino de Cristo en la unidad de la fé, prosperidad y paz en el Señor.

Hace algun tiempo, en Nuestra Carta Apostólica á los príncipes y á los pueblos, Nos dirigimos á la nación inglesa al mismo tiempo que á otras; pero Nos hemos deseado vivamente hacerlo de nuevo por una Carta especial, para dar así á la ilustre raza inglesa una prueba de nuestro sincero afecto. Este deseo ha sido mantenido por la cordial benevolencia que Nós hemos sentido siempre hácia vuestro pueblo, cuya historia eclesiástica trae á la memoria los grandes hechos de los tiempos antiguos.

No han dejado de contribuir á Nuestros deseos, animándonos á realizarlos, las frecuentes entrevistas que Nós he-

mos celebrado con compatriotas vuestros que Nos han dado testimonio de los sentimientos favorables de los ingleses hácia Nuestra persona, y, sobre todo, de la sed de paz y de salvación eterna por la unidad de la fé que ellos experimentan. Dios es testigo de la vivacidad del deseo que Nós sentimos de contribuir con Nuestros esfuerzos á favorecer y lograr que prospere esta grande obra, que obtenga la unión de la cristiandad; y Nós damos gracias á Dios, que ha prolongado tanto Nuestra vida para que podamos hacer una tentativa en ese sentido.

Y como no puede ser más justo lo que Nos proponemos, la confianza que Nos tenemos en lograr un éxito feliz, la apoyamos principalmente y sobre todo en el maravilloso poder de la gracia de Dios. Por esto, y despues de un maduro examen, hemos resuelto invitar á todos los ingleses que hacen gloria del nombre cristiano, para que cooperen á la misma obra, y Nós les exhortamos á que eleven su corazón á Dios con Nós, y á que pongan su confianza en El y á que busquen cerca de El, aplicándose asiduamente á la santa oración, los auxilios necesarios en tales circunstancias.

El afecto y la solicitud de los Pontífices romanos en pro de Inglaterra, han sido tradicionales desde la época de nuestro santo predecesor Gregorio el Grande.

gun fruto, la realizacion, al ménos en parte, de estos deseos que El nos ha inspirado y que El ha alimentado en Nuestra alma!

En estos días Nuestros pensamientos se vuelven con mucho amor y esperanza hácia el pueblo inglés y vemos las pruebas numerosas y manifiestas de la accion saludable que la gracia divina ejerce allí sobre los corazones. Nós, vemos tambien como para muchos, la multiplicidad de las disensiones religiosas que dividen á dicha nación, es, entre otros asuntos graves, una causa de profundo dolor; cómo otros perciben claramente la necesidad de algun seguro apoyo contra la invasion de los errores modernos que concuerdan demasiado con los deseos de la naturaleza decaída y de la razon depravada, y cómo se aumenta el número de los hombres religiosos y discretos que trabajan con mucha sinceridad en la union con la Iglesia católica.

Apénas si podemos expresar cuán vivamente estos hechos y tantos otros semejantes animan en Nós el amor á Cristo, ni con qué ardor Nós pedimos una medida más abundante de la gracia de Dios, que, esparcida sobre los entendimientos tan bien dispuestos, pueda conducir al fruto ardentemente deseado, esto es, á que "lleguemos todos á la unidad de una misma fé y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios [Eph., IV, 13.]trabajando con cuidado para conservar la unidad de un mismo espíritu por el vínculo de la paz, así como todos hemos sido llamados á la misma esperanza para que no haya más que un Señor, una fé y un bautismo." [Ib., 3. 5.]

A vosotros todos los que vivís en Inglaterra, cualquiera que sea la comunidad ó institucion á que pertenezcais, Nos os invitamos con profundo afecto á buscar este santo objeto, de volver á la unión. Dejadnos exhortaros, por vuestra salud eterna y por la gloria del nombre cristiano, á que dirijais vuestras plegarias y votos al Soberano Padre celestial y á no cesar de hacerlo con ardor.

Esforzaos en pedir los socorros necesarios á ese Dios, que es el dispensador de toda claridad, y cuyos dulcísimos impulsos nos guían hácia todo lo que es bien, á fin de que os sea dado el de conocer la verdad en toda su plenitud para seguir las vías de la misericordia con entera fidelidad. Invocad á este fin el nombre glorioso y los méritos de Jesucristo, que es "el autor y consumidor de nuestra fé (Heb., XII, 2), que ha amado á la Iglesia hasta entregarse á si mismo por Ella, á fin de santificarla, y de darse á sí mismo una Iglesia llena de gloria, (Eph., XXV. 27.)

Si se presentan algunas dificultades, no son de naturaleza que baste á detener Nuestro celo apostólico ni á servir de obstáculo á Nuestra energía. No puede negarse que los muchos cambios que han sobrevenido y el tiempo mismo, han permitido á las divisiones existentes echar profundas raíces. ¿Pero es esta una razón para abandonar toda esperanza de reconciliacion y de paz? De ningun modo, si place á Dios. No debemos, por lo tanto, juzgar de los acontecimientos colocándonos solamente en un punto de vista humano, sino más bien debemos considerar el poder y la misericordia de Dios. En las empresas grandes y penosas, con tal de que á ellas se dedique una voluntad ardiente y recta, Dios se coloca al lado del hombre, y es precisamente en estas dificultades cuando la accion de la Providencia brilla con mayor esplendor.

Esta es una consideracion que debe fortificar nuestra comun esperanza. Pronto hará trece siglos que la raza inglesa acogió á aquellos hombres apostólicos enviados, como ya hemos dicho, desde la misma Roma, y rechazando el paganismo, consagró las primicias de su fé á Jesucristo nuestro Dios.

Así se realizó este acontecimiento memorable y digno de públicas acciones de gracias, pues él os procuró una multitud de bienes y una gran gloria á través de los tiempos. Quiera Dios que ese recuerdo os conceda, sobre todo, el beneficio de

que los espíritus rectos se acuerden de la fé predicada entónces á vuestros antepasados, y que es la misma que ahora predica, pues "Jesucristo era ayer, es hoy y será siempre en todos los siglos" (Heb. XII. 8), como lo ha proclamado S. Pablo. El mismo, y con mucha oportunidad, os exhorta á recordar á esos primeros Pastores que os han predicado la palabra de Dios, y á considerar cuál ha sido el fin de su vida para imitar su fé (H. 7.)

En favor de tan grande causa, Nós llamamos desde luego en Nuestra ayuda como aliados Nuestros, á los católicos de Inglaterra, cuya fé y piedad Nós son conocidas.

No puede dudarse que los católicos ingleses, apreciando exactamente el valor y los efectos de la santa oracion, cuya verdadera virtud acabamos de manifestar, se esforzarán por todos los medios posibles en ayudar á sus hermanos y compatriotas invocando en su favor la divina clemencia. Orar por sí mismo es una necesidad, orar por los demas es una inspiración del amor fraternal; y es evidente que esta clase de oracion, obtendrá á los ojos de Dios más favor que aquella que sólo es dictada por la necesidad. Los primeros cristianos adoptaron, ciertamente esta práctica. Un elocuente ejemplo de ello en lo que concierne al dón de la fe, nos ofrecen los primeros siglos. Entónces era costumbre pedir á Dios con ardor que los parientes, los amigos, los príncipes y los compatriotas obtuvieran el beneficio de la sumision á la fé cristiana. (San Agustin de dono perse XXIII, 63.)

Acerca de este punto existe otro motivo que Nos produce inquietud. Nós hemos sabido que en Inglaterra existen hombres que siendo católicos de nombre, no se manifiestan como tales en la práctica: que en vuestras grandes ciudades, muchas gentes no conocen los elementos de la fé cristiana ni imploran á Dios y viven en la ignorancia de su justicia y de su misericordia. En presencia de esta calamidad, es preciso pedir á Dios y pedirle con insistencia, porque sólo El pue-

de hacerlo, que nos indique los medios de remediar tan grave mal, que sostenga el valor y la fuerza de los que trabajan con ardor en tan ardua empresa y "envie obreros á su viña." Y al mismo tiempo que Nós insistimos tan vivamente cerca de Nuestros hijos sobre el deber de la oracion, Nós deseamos tambien advertirles que no deben omitir nada de lo que se refiere á la gracia y á los frutos que de ella se obtienen, pues siempre deben tener presente en su memoria el precepto del Apostol Pablo á los corintios: "No deis ocasion alguna de escándalo ni á los judíos, ni á los gentiles, ni á la Iglesia de Dios." (1^a á los corintios X, 32.)

Es, por tanto, necesario que las disposiciones del alma, necesarias sobre todo á la oracion, estén acompañadas de actos y de ejemplos que armonicen con la profesion cristiana. Estos ejemplos son: la observancia de la rectitud y de la justicia, la piedad con los pobres, la penitencia, la paz y la concordia en vuestras casas y el respeto á las leyes; todo esto ayudará á vuestras oraciones de la manera más excelente.

La misericordia divina es favorable á las plegarias de aquellos que, en toda justicia, cumplen los preceptos de Cristo, segun su promesa. "Si vosotros permanecéis en mí y si mis palabras permanecen en vosotros, pedireis todo cuanto querais y ésto os será concedido."

Tambien Nós os exhortamos ahora á que, uniendo vuestra oracion á la Nuestra, pidais ardentemente á Dios que os conceda acoger á vuestros compatriotas, á vuestros hermanos con los vínculos de la perfecta caridad. Es, además, muy conveniente implorar el socorro de los Santos de Dios. La eficacia de su intercesion, sobre todo, en favor de tan buena causa, resalta en esta observacion justísima de San Agustin, á propósito de San Estéban: "Si él no hubiera rogado así, la Iglesia no hubiese tenido á San Pablo."

Tambien Nos invocamos con fervor á San Gregorio, á quien los ingleses han honrado siempre como al Apóstol de la

nación, á San Agustín su discípulo y su mensajero, y á todos los demás Santos de Dios, cuyas preclaras virtudes y sus no ménos preciadas virtudes, han valido á Inglaterra el título de "Isla madre de los Santos;" á San Pedro, príncipe de los apóstoles, y á San Jorge, sus especiales patronos, sobre todo á la Santa Madre de Dios, á quien Cristo mismo, desde lo alto de la Cruz, eligió para Madre del género humano, y á la que fué consagrado vuestro reino por vuestros antepasados, bajo el glorioso título "El patrimonio de María."

A todos Nós les invocamos con plena confianza, pidiéndoles que sean Nuestros abogados ante el trono de Dios para que renueven la gloria de los antiguos tiempos. El quiera "colmaros de paz y de alegría en vuestra fé, para que vuestra esperanza crezca más y más por la virtud del Espíritu Santo." (Rom. XV, 12.)

Es preciso también cuidar de que las oraciones especiales por la unidad de la fé, instituidas ya entre vosotros los católicos y ordenadas en días determinados, se reciten con más frecuencia y mayor devoción. Y muy particularmente es necesario que el piadoso ejercicio del Santo Rosario de María, que Nós mismo hemos tan vivamente recomendado, sea entre vosotros apreciado con el honor que se merece, pues esta oración encierra, por decirlo así, un compendio de la doctrina del Evangelio y siempre ha sido muy saludable á los pueblos.

Queremos además por nuestra propia voluntad y autoridad, añadir una nueva indulgencia de 300 días, y además, otra plenaria, una vez al mes, mediante las condiciones ordinarias, á todos los que le recen diariamente.

Sirva también para fortificar esos votos y asegurar su realización la oración divina de Cristo en favor de la unidad, oración que hoy al celebrar el recuerdo de su santísima resurrección, Nos repetimos con la más ardiente confianza: "Padre Santo, conservad en Vuestro nombre á aquellos que vos me habéis dado, para

que sean una misma cosa como nosotros somos uno. Santificadles en la verdad. Vuestra palabra es verdad. No ruego por ellos solamente, sino también por aquellos otros que deben creer en mí por su palabra, á fin de que todos sean una misma cosa, como Vos mi padre, sois en mí y yo en Vos, y que de la misma manera sean una sola cosa en Nosotros. . . . Yo estoy en ellos y Vos en mí, para que ellos sean consumados en la unidad y á fin de que el mundo conozca que Vos me habéis enviado y que Vos les habéis amado como me habéis amado." (Juan, XVII, 11, 14, 20, 21, 23.)

Y ahora Nós pedimos y Nós deseamos todas las bendiciones de Dios para todo el pueblo de la Gran Bretaña y desde lo íntimo de Nuestro corazón, Nós rogamus para que aquellos que buscan el reino de Cristo y la salvación en la unidad de la fé, puedan ver la completa realización de sus deseos.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á 14 de Abril de 1895, décimoctavo de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

Organización.—Los católicos de Suiza han resuelto organizarse como *partido*, y al efecto, han acordado reunirse en Congreso, en el cual dictarán y aprobarán las bases y los reglamentos de la organización. Será presidente de este Congreso el Jefe del grupo de los diputados católicos en las Cámaras federales. El Congreso se celebrará en el mes de Julio.

Defunciones.

El día 4 del corriente falleció en Ocotlan el Sr. Pbro. D. Antonio Martínez.

El día 10 de id. dejó de existir en esta Ciudad el M. R. P. Fr. Félix Muños, mercenario.

B. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga -D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruero.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, JULIO 8 DE 1895.

NUM. 13.

SECCION III.—VARIEDADES.

Las Congregaciones religiosas en Francia y en el Extranjero.

Francia posee poco más ó ménos 1, 200 congregaciones de hombres y de mujeres, que cuentan con poco más de 30, 000 religiosos, de los cuales 4, 000 son contemplativos.

Instruyen á 2 millones de niños, cuidan de 104, 000 enfermos, ancianos y desvalidos, recogen más de 60, 000 expósitos, tienen casa de perseverancia ó rehabilitación para 12, 000 personas, asilan millares de locos, educan millares de ciegos y de sordomudos. Es un total de 200, 000 personas asistidas por las comunidades religiosas.

M. Enrique Louvet, al final de la importante obra que acaba de publicar acerca de "Las Misiones Católicas en el Siglo XIX" dá las estadísticas generales que no es posible recordar, dice que hay en los países de las misiones:

13, 300 padres misioneros católicos 4, 500 legos; 42, 000 religiosos [sin contar 10, 000 religiosos indígenas]. Las dos terceras partes de los misioneros son franceses; las cuatro quintas partes de legos y religiosos vienen de Francia.

Esto hace más de 8,500 padres misioneros franceses, 33,600 religiosos misio-

neros franceses, 3,600 legos misioneros franceses.

Los jesuitas dedican á las misiones más de 3,000 de los suyos. Los lazaristas más de 530. Los benedictinos, 700. Los dominicos, 500. Los franciscanos, 1,750. Los maristas, 240. La Congregación del Espíritu Santo, 321.

Los hermanos de las Escuelas Cristianas tienen en los países de las misiones 2,000 de sus miembros educando á más de 12,000. Los hermanos maristas de Lyon, instruyen cerca de 10,000 niños. Los hermanos de la instrucción de Ploërmel, más de 15,000.

Se cuentan 1,300 religiosos del Buen Pastor, 1,700 religiosos franciscanos de la tercera órden, 3,800 religiosos de diversas Congregaciones de San José, 200 religiosos de San Carlos, 250 de San Pablo de Chartres, 1,800 de San José de Cluny de los que más de 700 están en las Colonias francesas, donde con las Hermanas de Chartres y de San Vicente de Paul, cuidan millares de enfermos en más de cien hospitales.

¡Se necesita estar animado de un espíritu verdaderamente satánico para echar en olvido los grandes beneficios de nuestras órdenes religiosas!

Beneficencia Pontificia y Beneficencia Italiana.

En el actual estado de pobreza de Roma,

La Religión y la humanidad en general, y especialmente la nación inglesa, le deben un profundo reconocimiento. Aunque reservado por el llamamiento de Dios á un deber más elevado, emprendió por sí mismo la obra apostólica de convertir á los anglo-sajones, como se había propuesto cuando era monje, y su espíritu se aplicó á este proyecto grande y saludable, y no se dió un punto de reposo hasta que vió cumplida esta empresa. A este fin, en la familia monástica que en su propia casa había formado para el estudio y para una vida santa, eligió alumnos religiosos que envió á Inglaterra para que fueran los mensajeros de la gracia, de la sabiduría y de la civilización cerca de aquellos que estaban sepultados aún en el paganismo. Y como contaba con el auxilio divino, su esperanza se acrecentó con las dificultades, hasta que por fin vió coronada por el éxito su obra.

El mismo escribió á este propósito con el acento de un gozo triunfante en respuesta á San Agustín que le había enviado la noticia del feliz resultado: "¡Gloria á Dios en el cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! ¡Gloria á Cristo, cuya muerte nos da la vida, cuya debilidad nos hace fuertes, por el amor del cual buscamos en Bretaña esos hermanos que no conocíamos, y por la gracia del cual, hemos hallado lo que buscábamos sin conocerles! ¡Quién podría pintar el gozo que ha llenado los corazones de todos aquellos que han sabido que la raza inglesa, por efecto de la gracia de Dios Todopoderoso y por nuestros trabajos, hermano mío, ha sido esclarecida con la luz de nuestra Santa Fé, que disipa las tinieblas del error, y con plena libertad de espíritu tiene á los pies á los ídolos, á los cuales ántes estaba sometida con temor insensato!"

Y felicitando á Ethelbert, rey de Kent, y á Berta su esposa, en una carta llena de afecto, por haber imitado á "Elena, de ilustre memoria, y á Constantino, piadoso emperador," los fortifica, así como

á su pueblo, con saludables avisos; y no dejó durante el resto de su vida de mantener y desarrollar su fé con instrucciones que le dictaba la santa prudencia.

Así, el cristianismo que la Iglesia había aportado á Bretaña, que había difundido y esparcido contra la herejía naciente, después de haber sido momentáneamente destruido por la invasión de las razas paganas, fué en esta época felizmente restablecido, gracias al celo de Gregorio.

Habiendo determinado dirigir esta carta al pueblo inglés, Nos recordamos al propio tiempo los grandes y gloriosos acontecimientos de la historia de la Iglesia, de la cual esa nación debe acordarse seguramente con gratitud.

Por otra parte, es preciso observar que los Pontífices que sucedieron á Gregorio, fueron herederos de ese amor y de esa solícitud de Gregorio.

Esto es evidente por el cuidado constante que tuvieron de designar para Inglaterra dignos Pastores y maestros instruidos en ciencias humanas y divinas, por sus consejos y por las numerosas medidas que han adoptado para procurar todo lo que era necesario para el establecimiento y desarrollo de la Iglesia naciente.

Y ese cuidado fué recompensado, pues en ningún otro caso echó la fé raíces tan rápidamente, ni jamás se manifestó tan vivo y ardiente amor hácia la Silla de San Pedro. La raza inglesa estaba en esta época enteramente adherida á este centro de unidad cristiana que ha sido divinamente establecido en la persona de los Obispos de Roma; y durante el curso de los siglos, hombres de todas clases se les han unido por los lazos de fidelidad. Este es un hecho probado plenamente y con toda amplitud por la historia y que no puede ser puesto en duda ni discutido.

Mas en las tempestades que devastaron al catolicismo en Europa en el siglo XVI, Inglaterra sufrió también grandes daños, pues de pronto y desgraciadamente

se separó de la comunión con la Sede Apostólica y se privó de esa santa fé en la cual había hallado durante luengos siglos el gozo y la libertad.

Esta fué una triste defección; y Nuestros predecesores, deplorándola con un ardiente amor, hicieron todos los sábios esfuerzos que les fueron posibles para poner fin y para atenuar los numerosos males que de ella resultaba.

Sería largo, y no es necesario recordar minuciosamente los cuidados solícitos y sin cesar crecientes que emplearon en esas circunstancias.

Pero lo que hicieron con más eficacia, sin duda, fué recomendar frecuentemente á los fieles la práctica de una oración especial, dirigida á Dios para que mirase con piedad á Inglaterra.

En el número de los que se consagraron á esta misión especial de caridad, hubo hombres venerables y santos; en particular, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri; y en el siglo último, Pablo, fundador de la sociedad de la Pasión de Cristo, que no sin cierta inspiración divina, hizo insistentes súplicas cerca del Trono de la gracia divina, y esto con tanto más ardor, cuanto que las circunstancias parecían ménos favorables á la realización de sus esperanzas.

Nós mismo, mucho ántes de ser elevado al Pontificado supremo, hemos sentido vivamente la importancia de la santa oración ofrecida para esta causa, y la hemos aprobado con todo nuestro corazón.

Plácenos también recordar en la época presente aquella en que siendo Nuncio en Bélgica hicimos conocimiento con un inglés, Ignacio Spenser, que era un hijo de San Juan de la Cruz.

El Nos expuso el proyecto que había comenzado ya á realizar fundando una sociedad de piadosos fieles para volver la Nación inglesa al seno de la Iglesia.

Nos faltan palabras para expresar cuán cordialmente entramos en esta intención plenamente inspirada por la Fé y por la Caridad y cuánto favorecimos esta causa, previendo que la Iglesia de

Inglaterra encontraría en ella un abundante apoyo. Y aunque los frutos de la gracia divina obtenidos por la oración ya se habían manifestado, todavía se hicieron más notorios á medida que esta Santa Liga se fué extendiendo.

Un número considerable de hombres acudieron al llamamiento divino; entre ellos había muchos personajes eminentes, había también allí muchos que, obrando en el mismo sentido, hicieron grandes y heroicos sacrificios personales.

De otro lado hubo una atracción maravillosa de los corazones y los espíritus hácia la fé y la práctica del catolicismo que vió crecer el respeto y la estimación del público y más de un prejuicio largo tiempo mantenido, cedió ante la fuerza de la verdad.

Considerando todo esto, Nós no dudamos que los ruegos humildes y unidos de tantos fieles, dirigidos á Dios, adelanten los tiempos que su misericordia señale al pueblo inglés, donde "la palabra de Dios se propagará y será glorificada."

Nuestra confianza se afirma cuando consideramos las medidas legislativas, y otras que, sino tienden directamente al fin que buscamos, al ménos aunque indirectamente, procuran mejorar la condición del pueblo, haciendo eficaces las leyes de la justicia y de la caridad.

Hemos sabido con extraordinario gozo la gran atención que Inglaterra presta á la solución de las cuestiones sociales, en las que Nos hemos ocupado en nuestras Encíclicas, y al establecimiento de sociedades de socorros mútuos y otras parecidas, las que, fundadas bajo una base legal, tienden á mejorar la condición de las clases laboriosas.

Tenemos conocimiento de los esfuerzos vigorosos y perseverantes que se hacen para dar al pueblo una educación, fundada en la enseñanza religiosa, que es la base más sólida de la instrucción de la juventud, sostén de la vida doméstica y civil; conocemos también el celo y la energía desplegadas por un gran número de hombres que dedican sus trabajos á

promulgar las medidas oportunas para reprimir el vicio degradante de la intemperancia.

Sabemos, en fin, que se han formado asociaciones por los jóvenes de clases elevadas para restablecer la pureza de costumbres y mantener el honor que á la mujer se debe. En efecto, frente de la virtud cristiana, de la continencia, se extienden sutilmente opiniones perniciosas, como si se creyera que el hombre no está estrechamente obligado por el precepto como la mujer. Además, muchos hombres prudentes se hallan penosa y profundamente impresionados por la difusión del racionalismo y del materialismo, y Nos mismo, con bastante frecuencia, hemos elevado Nuestra voz para denunciar esos males que debilitan y paralizan, no sólo á la Religión, sino también á los mismos resortes del pensamiento y de la acción.

El honor más grande se debe á aquellos que, sin temor y sin descanso, proclaman los derechos de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, así como también las leyes y las enseñanzas dadas por El para el establecimiento del Reino divino en la tierra.

En estas enseñanzas es donde únicamente se encontrará la fuerza, la moderación y la seguridad. Las diversas y numerosas manifestaciones de interés para los ancianos, los huérfanos, los incurables y los indigentes, así como los refugios, las casas de reforma y otras obras de caridad, todo lo que la Iglesia, como madre tierna ha establecido, y desde los primeros tiempos ha recomendado, todo eso prueba de una manera evidente el espíritu que os anima.

No hemos de dejar sin mencionar de una manera especial la estrecha observancia pública del domingo y el espíritu de respeto general á las Sagradas Escrituras. Todos conocen el poder y los recursos de la nación inglesa y la influencia civilizadora que, con la difusión de la libertad, acompaña á su prosperidad comercial aún en las más apartadas re-

giones. Pero sean las que fueren en sí mismas estas diversas manifestaciones de actividad, Nuestra alma se eleva hasta el origen de todo poder, hasta la eterna fuente de todo bien, Dios nuestro Padre celestial y magnánimo.

Pues los trabajos del hombre, sean públicos ó privados, no obtendrán su plena eficacia sin un llamamiento á Dios por la oración y sin la bendición divina, "porque feliz es el pueblo cuyo Dios es el Señor" (Ps. CXLIII.)

En efecto, el alma del cristiano debería estar en tales disposiciones, que hiciera descansar su principal esperanza en sus empresas, en el socorro divino obtenido por la oración que convierte en sobrenatural todo esfuerzo humano. El deseo del bien así avivado por un fuego celestial, se manifiesta por acciones ardientes y provechosas.

Por este poder de la oración, Dios, no solamente acrecienta la dignidad del hombre, sino que con una misericordia infinita le concede un protector y un apoyo en el tiempo de la necesidad; protector siempre pronto y que jamás deja de ayudar á quien resueltamente recurre á El. "La oración es nuestra arma eficaz, nuestro gran apoyo, nuestra riqueza, nuestro puerto de refugio, nuestra fortaleza." (Crisóst. Hom. 30 in Gen.)

Pero si la oración del hombre justo es tan poderosa cerca de Dios, aún cuando se trate de intereses terrenales, ¡cuánto más eficaz y provechosa será á quien está destinado á una vida eterna para obtener esos bienes espirituales que Cristo ha procurado á la humanidad por el Sacramento del amor! Pues aquel á quien "Dios ha hecho hombre para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención" (1.ª á los Corintios, I, 30), además de lo que ha enseñado, establecido y cumplido, nos ha dado también con ese objeto, el precepto saludable de la oración, y en su gran bondad lo ha confirmado con su ejemplo.

Estas sencillas verdades son, por lo demás, conocidas de todos los cristianos,

pero muchos de ellos las han olvidado y no las aprecian como debieran. Por esta razón Nós insistimos, sobre todo, acerca de la confianza que debiera tenerse en la oración, recordando las palabras y el ejemplo de paternal amor del mismo Jesucristo Nuestro Señor; palabras que tienen la mayor importancia y sirven del mayor aliento; palabras que muestran cómo en los consejos de Dios, la oración es al mismo tiempo la manifestación de nuestra indigencia y la esperanza firme que nos dará la fuerza de que tenemos necesidad. "Yo os digo también, pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; pues cualquiera que pide, recibe; quien busca encuentra, y á quien llama se le abrirá." [Luc. XI, 9 y 10.]

Y el mismo Hijo de Dios nos enseña que para que nuestras plegarias sean aceptadas á la Divina Majestad, deben ir unidas á su nombre y á sus méritos: "En verdad, en verdad os digo: si pedís algo á mi padre en mi nombre, os lo concederá; hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre: pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea perfecta." (Juan XVI, 23 y 24), y apoya sus palabras en el tierno amor de los padres para con los hijos.

Si, pues, dice, vosotros, siendo malos, dais lo mejor á vuestros hijos, ¡con cuánta más razón vuestro Padre, que está en los cielos, dará el Espíritu Santo á aquellos que se lo piden." (Lúcas, XI, 13.)

"¡Y cuán abundantes son los bienes contenidos en el Espíritu Santo! El mayor de todos es aquel poder oculto al cual aludía Cristo en estas palabras: "Nadie viene á mí si mi Padre que me ha enviado no le llama." [Juan, VI, 44.]

"Es imposible que los hombres apoyados en esta enseñanza, no se sientan atraídos y aún compelidos á la plegaria. ¡Con cuánta perseverancia no la practicarán y con cuánto fervor, teniendo ante la vista el ejemplo del mismo Cristo, quien no teniendo nada que temer por sí, ni teniendo necesidad de nada, porque era Dios, pasaba, no obstante, la noche ente-

ra en oración (Lúcas, VI, 12), y ofrecía sus plegarias y súplicas con grandes exclamaciones y abundantes lágrimas!"

"Obraba de este modo y oraba continuamente al Padre, recordando que entonces era Nuestro Maestro, como dice en sus reflexiones." [In. ev. San Juan, XVII.]

Pero nada demuestra con mayor evidencia y solidez el precepto y el ejemplo de nuestro Señor en lo que concierne á la oración como su último discurso á los Apóstoles en aquellos tristes momentos que precedieron á su pasión, cuando elevando sus ojos al cielo rogaba insistentemente á Dios su Padre, para que sus discípulos y cuantos le habían seguido se mantuvieran íntimamente unidos en la verdad, á fin de que esta unión fuese en el mundo la prueba convincente de la divina misión que iba á confiarles.

Y, sobre este punto, no hay pensamiento más beneficioso para Nuestra alma que el de aquella feliz unidad de fé y de voluntad por la cual rogaba Nuestro Redentor y Maestro en aquella ardiente oración, unidad que, si es siempre útil hasta para los intereses temporales, dentro de la patria ó en el extranjero, es ahora más que nunca necesaria, como lo muestran las divisiones y confusiones que reinan en los actuales momentos.

Por nuestra parte, advertidos por el ejemplo de Cristo y por la conciencia de nuestro deber, creemos no haber dejado nada que desear por Nuestra vigilancia, por Nuestras exhortaciones y las medidas que Nós hemos tomado. Humildemente hemos rogado á Dios y seguimos rogándole por el retorno de las naciones cristianas, separadas ahora de nosotros, á la unidad de los primeros tiempos.

Nós, hemos más de una vez en estos últimos años manifestado este mismo deseo y prestado Nuestros cuidados para su realización. No puede estar lejano el día en que Nós comparezcamos ante Dios para dar cuenta de Nuestra administración al Príncipe de los Pastores, ¡y cuán feliz seríamos si pudiésemos ofrecerle al-